

—Os arrepentiréis de vuestra conducta, caballero— dijo Mr. Pickwick, apretando los dientes para contener la cólera, porque comprendía cuán importante era todo para su joven amigo.

—Por lo menos en este momento soy de diversa opinión, — respondió Mr. Winkle con perfecta calma. — Vamos, señores, vuelvo á deseáros buenas noches.

Con paso irritado ganó la calle Mr. Pickwick; Bob Sawyer, completamente humillado por las resueltas maneras del viejo caballero, tomó el mismo partido; el sombrero de Ben Allen rodó cerca de ellos en la escalera, y la persona de Ben Allen siguió inmediatamente el mismo camino; por último, los tres compañeros se fueron á acostar en silencio y sin cenar. Pero antes de dormirse, Mr. Pickwick pensó que si él hubiera sabido qué hombre tan metódico era Mr. Winkle *senior*, seguramente no se hubiera encargado de tal comisión.

## CAPITULO LI

*En el que Mr. Pickwick encuentra antiguos conocimientos, afortunada circunstancia á la cual el lector deberá principalmente ardientes detalles de interés más abajo consignados, concernientes á dos grandes hombres políticos.*

Cuando Mr. Pickwick se despertó á las ocho de la mañana, el estado de la atmósfera no era en manera alguna propio para distraer su espíritu ni disminuir el abatimiento que le inspiraba el inesperado resultado de su embajada. El cielo estaba triste, el aire húmedo y frío, las calles mojadas y fangosas. El humo permanecía perezosamente suspendido encima de las chimeneas, como si le faltase energía para elevarse, y la niebla descendía lentamente, como si le hubiese faltado valor para caer. Un gallo de pelea, privado de su habitual animación, se balanceaba tristemente sobre una pata en el patio, entretanto que una borrica, bajo un estrecho co-

bertizo, tenía la cabeza de manera que á juzgar por su miserable continente, podía creerse meditaba el suicidio. En la calle sólo se veían paraguas y sólo se oía el ruido de los chanclos de madera y el repiqueteo del agua que goteaba de los techos.

Durante el almuerzo permaneció la conversación singularmente lánguida; Mr. Bob Sawyer mismo sentía la influencia del tiempo y la reacción de la excitación del día anterior. Siguiendo su propio y expresivo lenguaje, estaba completamente *aplastado*; á Mr. Ben Allen le pasaba lo mismo é igualmente á Mr. Pickwick.

En un largo intervalo de espera, fué leído y releído el último periódico de Londres con esa intensidad de interés que no se observa ni se conoce sino en los casos de extrema escasez y aburrimiento; no tuvieron luego menos perseverancia en contar y medir cada flor de la alfombra; ellos miraron por la ventana, y miraban demasiado frecuentemente, de manera que parecían realizar el cumplimiento de una obligación; ellos entablaron sin resultado diversas conversaciones sobre toda clase de objetos, y al fin, cuando el medio día llegó sin cambio favorable, Mr. Pickwick tiró resueltamente de la campañilla y pidió su carruaje.

El camino estaba lleno de fango, la neblina más fuerte que nunca, y el lodo era arrojado con tal fuerza dentro del coche abierto y en tal cantidad, que molestaba casi tanto á los del interior como á los del exterior. A pesar de todo, en el movimiento mismo, en el sentimiento de un cambio, de una acción, había algo preferible al hastío de quedar encerrado en una habitación sombría y ver por toda distracción caer la lluvia tristemente en una triste calle. Así, nuestros amigos se asombraron desde luego ellos mismos de haber estado tanto tiempo sin haber tomado su determinación.

Cuando se detuvieron en Coventry para relevar, el vapor que salía de los caballos formaba tan espesa nube, que eclipsaba completamente al palafrenero; sólo se le oía gritar, en medio de la niebla, que él esperaba obtener la primera medalla de oro de la sociedad de humanidad, por haber quitado el sombrero al postillón, á quien el agua que corría por los bordes amenazaba ahogar infaliblemente, si el invisible caballero palafrenero no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu de arrancárselo vivamente y enjugar frotando con paja la cara del náufrago.

—Eso es agradable — dijo Bob arreglando el cuello de su gabán y tapándose la boca con el chal para concentrar los vapores de un vaso de aguardiente que acababa de beber.

—Completamente, así es — respondió Sam tranquilamente.

—No tenéis aire de hacer caso de ello.

—¡Vaya! señor; yo no sé qué bien me produciría prestar atención á ello.

—¡Ved una excelente respuesta, á fe mía!

—Verdaderamente, señor; todo lo que sucede está bien, como decía dulcemente el joven señor cuando recibió una pensión porque el abuelo de la mujer del tío de su madre había encendido una vez la pipa del rey con un eslabón fosfórico.

—No es esa mala idea — replicó Bob de una manera aprobativa.

—Justamente, eso mismo decía el joven cortesano durante toda su vida en los días de vencimiento.

Después de un corto silencio, Sam miró de reojo al postillón, y bajando la voz de manera que sólo fuera un misterioso cuchicheo, dijo á Mr. Bob:

— ¿Habéis sido llamado alguna vez cuando erais aprendiz de lancetero para visitar un postillón?

—No, creo que no.

—Nunca habréis visto un postillón en un hospital, ¿no es verdad?

—No, no me acuerdo de haber visto ninguno.

—¿Habéis conocido un cementerio donde hubiese un postillón enterrado? ¿No es cierto que jamás habéis visto un postillón muerto? — preguntó Sam continuando su catecismo.

—No — replicó Bob.

—¡Ah! — dijo Sam con tono triunfante, — y jamás lo veréis; hay otra cosa que tampoco se verá nunca, un asno muerto. Nadie ha visto un asno muerto, excepto el caballero de calzón de seda negra, y aun ese era un asno francés; así, después de todo, él no era de pura sangre.

—¡Pero bien! ¿qué relación tiene todo esto con el postillón? — preguntó Bob.

—Ahí veréis; no quiero asegurar, como algunas personas muy sensatas, que los postillones y los asnos sean un sér inmortal ambos; pero ya veréis lo que yo digo, y es que cuando ellos se sienten demasiado pesados para trabajar, ellos se van el uno llevando al otro; un postillón para dos asnos es la regla. Lo que luego les sucede nadie lo sabe; pero es muy probable vayan á divertirse en un mundo mejor, porque no hay persona viviente que haya visto jamás divertirse á un postillón ni á un asno aquí en este mundo.

Desenvolviendo compendiosamente esta notable teoría, y citando en su apoyo diversos hechos estadísticos, Sam

Weller entretuvo el trayecto hasta Duchurch. Allí se obtuvo un postillón seco y caballos frescos. El relevo más próximo era Daventry, Towcester el que le seguía, y al fin de cada relevo llovía con más fuerza que al principiar.

—¿Sabéis, — dijo Bob en tono de reproche, metiendo la nariz por la portezuela del coche, cuando se detuvo delante de *La cabeza del sarraceno*, en Towcester, — sabéis que esto no puede continuar así?

—¡Ah, ya! — dijo Mr. Pickwick, que acababa de dormir algo, — tengo miedo de que atrapéis alguna humedad.

—¡Oh! ¡verdaderamente! ¡en efecto, creo que estoy ligeramente húmedo! — dijo Bob.

Y nadie podía negarlo, pues la lluvia corría de su cuello, de sus codos, de sus vestidos y de sus rodillas; su traje todo estaba tan luciente con el agua, que se hubiera podido creer que estaba empapado en aceite.

—Creo que estoy ligeramente húmedo — repitió Bob sacudiéndose y arrojando en derredor suyo una fina y menuda lluvia, como hacen los perros de Terranova al salir del agua.

—Pienso en que verdaderamente no es posible ir más lejos esta tarde — observó Ben Allen.

—Completamente fuera de la cuestión — añadió Sam aproximándose para asistir á la conferencia, — Es una crueldad con los animales hacerles salir en semejante tiempo. Aquí hay camas, señor; todo está limpio y confortable; una buena pequeña comida que puede esté lista en media hora; pollos, chuletas, vaca, judías verdes, una tarta, y primorosidad. Haréis bien en permanecer aquí, señor; así yo me atrevo á dar mi opinión gratis; consultad la gente de arte, como decía el doctor.

El dueño de *La cabeza del sarraceno* llegó muy á propósito en aquel momento para confirmar los elogios de Sam, relativamente á los méritos de su establecimiento, y para apoyar sus súplicas con gran número de aterradoras conjeturas, concernientes al estado de los caminos, de la dificultad de encontrar caballos de refresco en el siguiente relevo, la infalible certidumbre de que llovería toda la noche, y la certidumbre, igualmente infalible, de que el tiempo mejoraría en la mañana siguiente, con otras muchas razones seductoras, familiares á todos los fondistas.

—Sea — dijo Mr. Pickwick; — pero entonces necesito enviar una carta á Londres, para que pueda recibirse allí mañana por la mañana. De otro modo, tendré obligación de continuar el viaje, arrojándolo todo.

El fondista hizo una mueca de placer. Nada era más fácil que enviar una carta envuelta en papel gris, en forma de paquete, sea por la posta ó por el carruaje de noche de Birmingham. Si el gentleman deseaba particularmente fuese entregada en seguida, podía escribir en el sobre *urgente*, por cuyo medio tendría la seguridad de que se llevaba inmediatamente, ó bien *media corona al portador, si es entregado este paquete en seguida*, lo que sería sin duda lo más seguro.

— ¡Está bien! — dijo Mr. Pickwick; — entonces vamos á detenernos aquí.

— Juan — gritó el fondista; — luces en el *sol*; encendido pronto el fuego, los caballeros están mojados. Por aquí, señores. Nos os cuidéis del postillón, señor; yo lo enviaré cuando llaméis. Entretanto, Juan, las velas.

Trajeron las bujías, se animó el fuego, y un nuevo haz se arrojó para su consumo. En diez minutos, un mozo ponía el mantel para la comida, se corrieron las cortinas, el fuego flameaba, y como sucede siempre en una fonda inglesa un poco decente, se hubiera creído al ver el arreglo de todas las cosas que los viajeros eran esperados desde hacía ocho ó nueve días lo menos.

Mr. Pickwick se sentó en una pequeña mesa y escribió rápidamente á Mr. Winkle una esquila en que le informaba simplemente que se había visto detenido por el mal tiempo, pero que llagaría con seguridad á Londres el día siguiente, dejando desde luego para entonces relatar detalladamente sus operaciones. Esta carta, arreglada de manera que pareciese un paquete, fué llevada inmediatamente al fondista por Sam.

Después de secarse en el fuego de la cocina, Sam volvió para quitar las botas á su amo, cuando al mirar por una puerta entreabierta, percibió un hombre grande, cuyos cabellos eran rojos. Delante de él, sobre una mesa, había un paquete de periódicos, y él leía el artículo político de uno de ellos con cierto aire de continuo sarcasmo, que daba á sus narices y á toda su fisonomía una expresión de soberbio y majestuoso desprecio.

— ¡Eh! — dijo Sam; — me parece que conozco á este individuo, y el lente de oro, y el sombrero de grandes alas vueltas. ¡Oh, yo he visto todo eso en Eatanswill, ó soy un necio!

En el mismo instante, y á fin de llamar la atención del entretenido caballero, fué acometido Sam de un ataque de tos bastante incómodo. El distraído lector se estremeció al oír el ruido, levantó su cabeza y su lente, y dejó percibir los profundos y pensativos rasgos de Mr. Pott, editor de la *Gaceta de Eatanswill*.

— Perdonad, señor — dijo Sam aproximándose al saludar. — Mi amo está aquí, señor Pott.

— ¡Chit! ¡chut! — exclamó Pott atrayéndose á Sam á la habitación y cerrando la puerta con una expresión de fisonomía llena de inquietud y misterio.

— ¿Qué es lo que pasa, señor? — dijo Sam mirando con asombro á su alrededor.

— Guardaos bien de nombrarme. Nosotros estamos en un país *amarillo*; si el terrible pueblo supiera que estoy aquí me haría mil pedazos.

— ¿De veras, señor?

— Sí, yo sería víctima de su furor. Pero, por otra parte, joven, ¿qué deciais de vuestro señor?

— Que pasa la noche en esta posada con un par de amigos.

— ¿Mr. Winkle está también? — preguntó Pott frunciendo ligeramente las cejas.

— No, señor, quedó en su casa. Se ha casado.

— ¿Casado? — gritó Pott con aterradora vehemencia.

Se detuvo, sonrió con aire sombrío, y añadió en voz baja y en tono vengativo:

— Está bien hecho, tiene lo que merece.

Y habiendo así exhalado, con salvaje triunfo, su mortal odiosidad contra el enemigo abatido, Mr. Pott preguntó si los amigos de Mr. Pickwick eran azules. El inteligente oriado, que sabía tanto del particular como el editor mismo, dió una respuesta muy satisfactoria, y Mr. Pott consintió en acompañarle á la cámara de Mr. Pickwick. Fué recibido con suma cordialidad, y se convino en comer juntos.

Cuando Mr. Pott hubo tomado puesto cerca del fuego, y nuestros viajeros dejaron sus botas mojadas para ponerse pantuflas, le preguntó Mr. Pickwick:

— ¿Cómo van los asuntos de Eatanswill? ¿Existe todavía *El Independiente*?

— *El Independiente* — replicó Pott, — arrastra todavía su languideciente y miserable vida, odiado y despreciado por el pequeño número de personas que conocen su vergonzosa y despreciable existencia; sofocado él mismo por los fétidos miasmas que esparce con profusión, aturdido y ciego por las exhalaciones mefíticas de su propio fango, el obscuro periódico, sin tener conciencia de su estado de degradación, se precipita rápidamente sobre el limo engañoso que parece ofrecerle un punto de apoyo cerca de las clases más bajas de la sociedad, pero que elevándose por grados, por encima de su detestada cabeza, le sumirá bien pronto y para siempre.

Habiendo lanzado con vehemencia su manifiesto, sacado de su último artículo político, el editor se detuvo

para tomar aliento, y miró después majestuosamente á Bob.

—Vos sois joven, caballero — le dijo.

Mr. Sawyer inclinó la cabeza.

—Y vos también, señor — añadió Pott dirigiéndose á Ben Allen.

Este reconoció la agradable imputación.

—¿Y estáis ambos profundamente imbuídos en esos principios azules que yo he prometido á los pueblos de este reino defender y sostener mientras viva?

—¡Eh, eh! En cuanto á eso, no sé de ello gran cosa— replicó Bob—yo soy...

—No un amarillo; ¿no es verdad, señor Pickwick?— interrumpió el orador reculando su silla.—Vuestro amigo no es un amarillo, caballero.

—No, no—replicó Bob.—Yo soy una especie de tartan escocés, por ahora; un compuesto de todos los colores.

—Un vacilante—dijo Pott con voz solemne;—¡un vacilante! ¡Ah! si leyérais una série de ocho artículos que ha publicado la *Gaceta* de Eatansville, me atrevo á creer no permaneceríais largo tiempo sin afirmar vuestras opiniones en una base firme y sólida.

—Y yo creo, me atrevo á creer, me pondría todo azul antes de llegar al fin—añadió Bob.

Mr. Pott le miró de una manera sospechosa algunos minutos, y volviéndose hacia Mr. Pickwick, le dijo:

—Vos habréis leído, sin duda alguna, los artículos literarios que han aparecido por intervalos, en tres meses, en la *Gaceta* de Eatanswill, y que han excitado una atención tan general y... puedo decirlo, una admiración tan universal.

—¡Eh! Pero—replicó Pickwick, ligeramente turbado por la pregunta—el hecho es que he estado ocupado de tal manera por otros asuntos, que no he tenido realmente posibilidad de verlos.

—Es necesario leerlos, caballero—dijo el editor con aire severo.

—Sí, ciertamente.

—Han aparecido bajo la forma de una crítica detallada, de una obra sobre la metamorfosis chinesca.

—¡Ah! muy bien... ¿Esos artículos son vuestros? Así lo espero.

—Son de mi crítico, caballero—replicó Pott con gran dignidad.

—¿Una cuestión tan abstracta como lo que parece?

—Efectivamente—respondió Pott, con las profundas maneras de un sabio.—El ha hecho, bajo mi dirección, estudios preparatorios. Según mis consejos, él se ha ayudado para eso con la *Enciclopedia británica*.

—¿De verdad? Yo no sabía que esa excelente obra contuviese nada sobre metafísica china.

—Caballero — dijo Pott, poniendo su mano sobre la rodilla de Mr. Pickwick, y mirando en derredor suyo con una sonrisa de superioridad intelectual, — él ha leído para la metafísica en la letra M, y para la china en la letra C; y él ha amalgamado los frutos de esta doble lectura, caballeros.

Las facciones de Mr. Pott irradiaron de tanta grandeza adicional, al recuerdo del poder del genio, y de los tesoros de ciencia desplegados en el docto trabajo en cuestión, que transcurrieron algunos minutos antes que Mr. Pickwick tuviese la osadía de principiar la conversación. Así, cuando el continente del editor hubo bajado gradualmente á su ordinaria expresión de supremacía moral, nuestro filósofo se atrevió á decirle:

—¿Me será permitido preguntaros qué gran objeto os lleva tan lejos de vuestra casa?

—El objeto que me guía y que me anima en mis gigantescos trabajos, — replicó Pott con grave sonrisa; — el bien de mi país.

—Ya suponía yo que sería alguna misión política.

—Sí, señor, tenéis razón — respondió Pott.

Después se inclinó hacia Mr. Pickwick y murmuró á su oído con voz lenta y cavernosa:

—Mañana tendrá lugar un baile amarillo en Birmingham.

—¡De veras! — exclamó Mr. Pickwick.

—Sí, señor; ¡y una cena amarilla!

—¿Es posible?

Pott afirmó el hecho con un movimiento de cabeza.

Aunque Mr. Pickwick parecía tan aterrado por esta comunicación, estaba tan poco versado en la política local, que no podía comprender suficientemente la importancia de la horrible conspiración de que se trataba. Mr. Pott se apercibió de ello, y sacando el último número de la *Gaceta* de Eatanswill, leyó con solemnidad el párrafo siguiente:

#### «Reunión clandestina de los amarillos

»Un reptil contemporáneo ha vomitado recientemente su negro veneno, con la vana esperanza de manchar la pura nombradía de nuestro ilustre representante el honorable Samuel Slumkey, de ese mismo Slumkey á quien habíamos predicho mucho tiempo que llegaría á adqui-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MEXICO

rir su posición actual, tan noble y tan querida, que él sería un día el honor y gloria de la patria y el atrevido defensor de nuestros derechos. Un reptil contemporáneo, repetimos, ha hecho innobles burlas con motivo de una cesta de carbón en *plaqué* soberbiamente cincelado, ofrecido al admirable ciudadano por sus encantados mandatarios. Ese miserable y obscuro escritor insinúa que el honorable Samuel Slumkey ha contribuido él mismo por medio de un amigo íntimo de su sumiller por más de las tres cuartas partes de la suma total de la subscripción. ¡Y bien! ¿Esa rastrera criatura no ve que si el hecho es cierto, sólo serviría para colocar al honorable Samuel Slumkey en una aureola más brillante aun, si eso fuera posible? ¿Su obtuso cerebro no comprende que ese amable y tierno deseo de cumplir los votos de los electores, debe hacerle más querido que nunca á los ojos de sus compatriotas que no son peores que los puercos, ó en otros términos, que no han caído tan bajo como nuestro contemporáneo? Tales son los miserables equívocos de los jesuíticos amarillos.

»Pero esos no son sus únicos artificios; la traición se esconde bajo la ceniza; nosotros declaramos atrevidamente, ya que se nos provoca á decirlo todo, y en su consecuencia nos colocamos bajo la salvaguardia de nuestro país y de sus constables, nosotros declaramos atrevidamente que se hacen en este momento mismo preparativos para un baile *amarillo*, que será dado en una ciudad *amarilla*, en el centro mismo de una población *amarilla*, que será dirigido por un maestro de ceremonias *amarillo*, al que asistirán cuatro miembros del parlamento *ultra-amarillos*, y donde sólo se admitirán billetes *amarillos*. ¿Se estremece nuestro contemporáneo? Que se despedace vanamente en su impotente maldad al leer estas palabras: *Nosotros estaremos allí*».

Después de lanzar esta filípica, el periodista, completamente fatigado, dobló el periódico diciendo:

—Ved, señores, ved el estado de la cuestión.

El fondista y el mozo entraron en aquel momento con la comida, Mr. Pott puso un dedo sobre sus labios para indicar que contaba con la discreción de mister Pickwick y que él le miraba como dueño de su vida.

Mr. Bob Sawyer y Benjamín Allen, que se habían dormido irreverentemente durante la lectura de la *Gaceta*, despertaron cuando se pronunció en voz muy baja la cabalística palabra *comer*; y efectivamente, así lo hicieron con buen apetito en cuanto se sentaron á la mesa.

Durante la comida y la sesión que siguió, Mr. Pott descendió por algunos momentos á ocuparse de asuntos

domésticos, informó que no conviniendo á su esposa los aires de Eatanswill, había ido á visitar diferentes fashionables establecimientos de aguas termales, á fin de recobrar su buen humor y acostumbrada salud.

Era esta una manera delicada de ocultar el hecho de que mistress Pott, ejecutando su amenaza de separación, frecuentemente repetida, y en virtud de un arreglo arrancado á Mr. Pott por su hermano el teniente, se había retirado para vivir con su fiel guardia de corps, con la mitad de los beneficios provenientes de la venta de la *Gaceta* de Eatanswill.

Mientras el ilustre periodista, cualesquiera que fuesen los diferentes asuntos que tratase, embellecía la conversación por pasajes extraídos de sus propias elucubraciones, un majestuoso forastero, sacando la cabeza por la portezuela de una diligencia, que se dirigía á Birmingham y que se había detenido delante de la fonda para dejar algunos paquetes, preguntó si podría encontrar en la fonda una buena cama.

—Con toda seguridad, ciertamente, caballero, — le dijo el fondista.

—¿Estáis seguro? ¿puedo contar con ello? — replicó el extranjero, cuyas maneras y miradas tenían algo de inquietu desconfianza.

—Sin duda ninguna, señor.

—Bien; cochero, me quedo aquí; conductor, mi sacco de noche.

Y el forastero, después de desear buenas noches á sus compañeros de viaje, bajó del coche con aire de malísimo humor. Era un pequeño sujeto, cuyos cabellos negros y tiesos, semejaban á un erizo, ó mejor dicho á un cepillo, se levantaban derechos en su cabeza; su aspecto era hinchado y amenazante, sus maneras perentorias, sus ojos penetrantes é inquietos; todo su continente, en fin, anunciaba el sentimiento de una gran confianza en sí mismo, y la conciencia de una incommensurable superioridad sobre todo el resto del mundo.

Este caballero fué introducido en la habitación originariamente señalada á Mr. Pott, y el criado observó con mudo asombro que apenas se había dado luz á la bujía, cuando el extranjero, internando su mano en su sombrero, sacó un periódico y comenzó á leer con la misma expresión de indignación y desprecio que había brotado algún tiempo antes de la mirada majestuosa de Mr. Pott. El entonces recordó que la indignación de aquél había sido promovida por un periódico llamado *El Independiente*, de Eatanswill, mientras que el profundo desprecio del nuevo señor era excitado por la *Gaceta* de Eatanswill.

—Enviadme al dueño del hotel — dijo el forastero.

—Sí, señor.

El fondista llegó pocos momentos después.

—¿Sois el dueño? — preguntó el forastero.

—Sí, señor.

—¿Me conocéis?

—No tengo esa satisfacción, caballero.

—Mi nombre es *Slurk*.

El dueño inclinó ligeramente la cabeza.

—*Slurk*, señor — repetía el forastero con altanero ademán. — ¿Me conocéis ya, fondista?

Este se rascó la cabeza, miró al techo, luego al forastero y sonrió debilmente.

—¿Me conocéis?

El fondista pareció hacer un gran esfuerzo, y respondió al fin:

—No, señor, no tengo el gusto de conoceros.

—¡Gran Dios! — gritó el forastero golpeando la mesa con el puño; — ¡véase lo que es la popularidad!

El fondista reculó un paso ó dos hacia la puerta, y el forastero continuó, siguiéndole con los ojos:

—¡Véase el reconocimiento que alcanzan tantos años de estudio y trabajo sacrificados en favor de las masas! Yo bajo del carruaje, mojado, fatigado, y los habitantes no se precipitan á recibir su campeón; sus campanas quedan silenciosas, mi nombre mismo no despierta ninguna gratitud en sus entorpecidos espíritus. No es eso suficiente — continuó *Slurk* paseándose con agitación, — ¡no es eso bastante para hacer bullir la tinta de un hombre en su pluma y para decidirle á abandonar su causa para siempre!

—¿Desea el señor un grog de aguardiente? — dijo el fondista arriesgando una insinuación.

—Al rom — respondió *Slurk* volviéndose hacia él con gesto feroz. — ¿Hay fuego en alguna parte?

—Podemos encenderlo en un momento, señor.

—¡Sí! y que empiece á dar calor en el momento que vaya á acostarme. ¿Hay alguien en la cocina?

—Nadie, señor; hay un magnífico fuego, todo el mundo se ha recogido, y la puerta está cerrada por la noche.

—Muy bien; beberé mi grog cerca del fuego de la cocina.

Y sin más preámbulos, el forastero, tomando majestuosamente su sombrero y su periódico, marchó con solemnidad detrás del fondista. Llegado que hubo á la cocina, se dejó caer en una silla al lado del fuego, tomó su fisonomía despreciativa, y principió á leer y beber con silenciosa dignidad.

Seguramente un demonio de discordia, volando en aquel momento por encima de *La cabeza del sarraceno*, y mirando hacia abajo por pura curiosidad, apercibió á *Slurk* confortablemente sentado junto al fuego de la cocina, y en una habitación vecina á Mr. Pott ligeramente exaltado por el vino. Tan pronto como se apercibió de ellos el malicioso demonio, se dirigió á la dicha cámara con inconcebible rapidez, é introduciéndose al mismo tiempo en la cabeza de Bob Sawyer, le inspiró las siguientes palabras:

—Pues no es nada, hemos dejado apagar el fuego; esta lluvia ha enfriado muy bonitamente el aire.

—Muy cierto — dijo Mr. Pickwick tiritando.

—No sería mala idea fumar un cigarro junto al fuego de la cocina, ¿eh? ¿qué decís á eso? — añadió Bob, siempre excitado por el citado demonio.

—Me parece que sería muy comfortable — replicó Pickwick; — ¿qué pensáis de ello, señor Pott?

Mr. Pott dió fácilmente su asentimiento á la medida propuesta, y los cuatro viajeros se trasladaron inmediatamente á la cocina, llevando cada uno su vaso en la mano, marchando Sam Weller á la cabeza de la procesión á fin de mostrar el camino.

El forastero leía aun, levantó los ojos y se estremeció; Mr. Pott reculó un paso.

—¿Qué pasa? ¿qué hay ahí? — murmuró mister Pickwick.

—¡Ese reptil! — replicó Pott.

—¿Qué reptil? — exclamó Mr. Pickwick mirando alrededor, temeroso de pisar sobre alguna gigantesca serpiente ó sobre alguna araña hidrópica.

—¡Ese reptil! — murmuró Mr. Pott tomando el brazo de Mr. Pickwick y mostrándole al forastero; — ese reptil, *Slurk*, el de *El Independiente*.

—¿No sería mejor que nos retirásemos? — preguntó Mr. Pickwick.

—¡Jamás, señor, jamás! — replicó Pott.

Y tomando sitio al otro extremo de la chimenea, escogió un periódico en su paquete y principió á leer frente de su enemigo.

Mr. Pott, naturalmente, leía *El Independiente*, y Mr. *Slurk* leía la *Gaceta*, y cada caballero expresaba su desprecio por los escritos del otro, por medio de amargas befas y por sarcásticos refunfuños. En seguida pasaron á manifestaciones más francas, tales como ¡absurdo! ¡miserable! ¡atrocidad! ¡falsedad! ¡truhanería! ¡fango! ¡lodo! ¡porquería! y otras frases críticas de igual ó semejante naturaleza.

MMrs. Bob Sawyer y Ben Allen habían observado

ambos, con íntimo placer, aquellos síntomas de rivalidad, que añadían mucho gusto al cigarro, de que sacaban grandes y vigorosas humaredas. Cuando el fuego granneado de observaciones comenzó á apaciguarse, el travieso Bob, dirigiéndose á Slurk con gran política, le dijo:

—¿Tendréis la bondad, caballero, de permitirme que recorra ese periódico cuando hayáis concluido?

—Poca, muy poca cosa encontraréis que merezca ser leído entre estas *despreciables fanfarronadas* — respondió Slurk lanzando á su rival satánica mirada.

—Yo os daré este al momento — dijo Pott alzando la cara, pálida de rabia, y con una voz que la misma causa hacía temblorosa, — y os divertiréis con la ignorancia de este *escribidor*.

Con terrible énfasis fueron lanzadas las palabras *despreciables* y *escribidor*, y la fisonomía de ambos editores comenzó á tomar provocativa expresión.

—La galimatía é infamia de ese miserable son verdaderamente repugnantes — continuó Pott afectando dirigirse á Mr. Bob Sawyer, pero lanzando al mismo tiempo una amenazadora mirada á Mr. Slurk.

Mr. Slurk se echó á reír con toda su alma, y, doblando el papel como para pasar á leer una nueva columna, declaró que, á pesar de todo, no le era posible evitar la risa que le promovían los absurdos de ese imbecil.

—¡Cuán crasa ignorancia! — exclamó Pott, pasando del rojo al carmesí.

—¿Habéis leído alguna vez las tonterías de ese hombre? — preguntó Slurk á Mr. Bob Sawyer.

—Nunca. ¿Pero es cosa tan mala?

—Detestable.

—¡Verdaderamente! — dijo Pott fingiendo estar absorto en la lectura; — ¡esto es demasiado infame!

Slurk tendió su periódico á Bob Sawyer diciéndole:

—Si tenéis el valor de recorrer este conjunto de maldades, de bajezas, de perjurios, de traiciones, de hipocresías, siempre tendréis algún placer en reír del estilo poco gramatical de ese grosero ignorante.

—Caballero, ¿qué es lo que decís? — gritó Pott levantando la cabeza, todo tembloroso de furor.

—Nada os importa, caballero.

—¿No habéis dicho estilo poco gramatical, grosero ignorante?

—Sí, señor — replicó Slurk; — y también diría *estilo altamente bestial*, si eso puede causaros algún placer.

Nada replicó Mr. Pott; pero después de doblar cuidadosamente *El Independiente*, lo arrojó al suelo, lo pa-

teó furiosamente bajo su bota, escupió encima, con gran ceremonia, y lo lanzó al fuego.

—Ved ahí — dijo retrocediendo su silla, — ved cómo trataría á la serpiente que ha vomitado ese veneno, si no me detuviesen, felizmente para él, las leyes de mi patria. Sí, sin esa consideración, le trataría de la misma manera.

—¡Tratadle de la misma manera! — gritó Slurk levantándose. — El no llamará en su auxilio á las leyes en semejante caso, estad seguro. ¡Tratadle, pues, de la misma manera, caballero!

—¡Escuchad! ¡escuchad! — decía Bob Sawyer.

—Nada podría ser más leal — observó Mr. Ben Allen.

—¡Tratadle de la misma manera, caballero! — repetía Slurk con altanero tono.

Mr. Pott le arrojó una mirada de desprecio capaz de helar á un horno.

—¡Tratadle de la misma manera! — continuaba el otro con voz cada vez más estridente.

—No quiero hacerlo, caballero — respondió mister Pott.

—¡Ah! ¿no queréis? ¿verdaderamente no queréis? — repitió Slurk con provocativo aire. — ¿Oís esto, señores? ¡El no quiere! No es que él tenga miedo, ni mucho menos; ¡oh, no! ¡él no quiere! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—Caballero — volvió á decir Pott conmovido por el sarcasmo; yo os miro como á una víbora. Os considero como á un hombre que está fuera de la sociedad, por su conducta imprudente, asquerosa, abominable. Vos no sois para mí, política ó personalmente, sino una víbora, ¡una simple víbora!

Indignado el independiente, no esperó el fin de esta declaración, sino agarrando su saco de noche, que estaba razonablemente provisto de bienes muebles, lo hizo girar en el aire mientras Pott se alejaba, y soltándole con gran ruido sobre la cabeza del gacetero, lo tendió en el suelo tan largo como era.

—¡Señores! ¡Gentlemen! — gritaba Pickwick, mientras Pott se levantaba y cogía la badila; — señores, reflexionad, ¡en nombre del cielo! ¡socorro! ¡Sam, aquí! Os suplico, señores... ¡Ayudadme á separarlos!

Y pronunciando estas incoherentes exclamaciones, mister Pickwick se precipitó entre los dos combatientes, justamente á buen tiempo para recibir sobre sus espaldas el saco de noche, de una parte, y la badila de la otra. Y sea que los órganos de la opinión pública de Watanswill estuviesen ciegos en su furor, sea que siendo sutiles razonadores, viesan una gran ventaja en tener

entre ellos un tercer partido para recibir los golpes, lo cierto es que no hicieron el más mínimo caso al filósofo, sino al contrario, desafiándose mutuamente con gran audacia, continuaron empleando la badila y el saco de noche.

Mr. Pickwick hubiera sufrido cruelmente por su mucha humanidad, si Sam, atraído por los gritos de su señor, no hubiera acudido al instante, y apoderándose de un saco de harina, no hubiese eficazmente intervenido, deteniendo el conflicto, hundiéndolo sobre la cabeza y espaldas del poderoso Pott, y sujetándole por debajo de los codos.

—Quitar el saco de noche al otro rabioso; — gritaron al mismo tiempo misters Ben Allen y Bob Sawyer, que hasta entonces se habían contentado con dar vueltas alrededor de los combatientes, lanceta en mano, dispuestos á sangrar al primer individuo desvanecido.

—Dejad vuestro saco, miserable y pequeña criatura, ú os ahogo con él.

Intimidado por esta amenaza, y por otra parte sin aliento, el independiente consintió en dejarse desarmar; Sam quitó entonces el sofocador con que cubrió á Pott, y le dejó libre diciendo:

—Marchaos á dormir tranquilamente, ó bien meto á ambos en un saco, lo cierro, y os dejo batir dentro á vuestro gusto. Y cuando os hayáis hecho una docena de pedazos, os dividiré en otros tantos, para enseñaros á que os conduzcáis mejor.

—Y vos, señor, — continuó dirigiéndose á su amo, — tened la bondad si gustáis de venir por aquí.

Y hablando así, tomó á Mr. Pickwick por el brazo y se lo llevó, mientras que los dos editores rivales eran conducidos á su cama por el fondista, bajo la inspección de misters Ben Allen y Bob Sawyer.

Durante el camino, los dos combatientes exhalaban todavía su aborrecimiento en sanguinarias amenazas, y se daban feroces pero vagas citas para el día siguiente. Apesar de todo, cuando ellos lo hubieron pensado mejor, encontraron que la prensa era el arma más terrible; ellos entonces principiaron sin descanso sus sangrientas hostilidades, y todo Eatanswill se asombró al verlos desplegar tan gran valor... sobre el papel.

Al día siguiente supieron nuestros amigos que los editores se habían marchado, desde el amanecer, en diferentes carruajes; y como el tiempo había mejorado, se pusieron á su vez en camino de Londres.

CAPITULO LII

*Se anuncia un cambio serio en la familia Weller, y la caída prematura del hombre de la nariz roja.*

Creyendo que su delicadeza no le permitía presentar sin preparación á MM. Ben Allen y Bob Sawyer al nuevo matrimonio, y deseando evitar en lo posible cualquier emoción á la sensibilidad de Arabella, Mr. Pickwick propuso á sus compañeros bajar, por el momento, en alguna parte, y que lo dejaran á él ir solo con Sam al hotel de *Jorge y el cuervo*. Consintieron en ello fácilmente, y situaron, en consecuencia, sus cuarteles en una taberna situada en los confines del Borough. Allí se encontraban en país conocido, pues en otros tiempos habían brillado frecuentemente sus nombres á la cabeza de ciertos largos y complejos cálculos apuntados detrás de la puerta con yeso.

—¡Hola! ¿sois vos? Buenos días, señor Weller, — dijo la bonita criada cuando encontró á Sam al abrir la puerta.

—Siempre es hermoso para mí el día que os veo, querida mía, — respondió Sam quedándose detrás, de manera que no lo oyese su amo. — ¡Qué bonita criatura sois, Mary!

—¡Vamos! señor Weller, ¡qué locuras decís! ¡Oh! concluid pues, señor Weller.

—¿Que concluya qué, querida mía?

—¡Eh! lo que hacéis... dejadme pues, señor Weller, dijo la bonita doncella sonriendo y empujando á Sam hacia la pared. — Me habéis arrugado la gorra, despeinado los cabellos y me impedís os diga tenéis una carta que os espera hace tres días. Acababais de partir cuando ella llegó, tiene encima *urgente*.

—¿Dónde está, amor mío?

—Yo he tenido cuidado de ella por causa vuestra; de otra manera estoy segura se hubiera perdido hace mucho tiempo. En verdad que es más de lo que merecáis.

Hablando así y expresando con una pequeña coquetería sus dudas, sus temores, sus esperanzas sobre la